

8615
B171d

10-6-II-79

PA 6503

B2

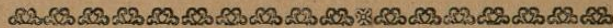
D6

Propiedad asegurada conforme á la ley



FSRM

3660



PROLOGO

No, no es un prólogo, temeridad sería prologar el admirable libro de Balart. ¿Quién pretende formar un marco, por más que sea obra de divino orifice, al sublime cuadro del crepúsculo? «Dolores» es la cristalización de una alma, cristalización hecha lágrima á lágrima como la blanca y firme estalactita gota, á gota.

Este artículo es impresionista: en él están expresados todos los sentimientos, todas las sensaciones, todas las ideas, todas las armonías que en mi despertaron á su lectura.

«¡Dolores!» y qué bien cuadra el nombre de la muerta eternamente amada, á la colección de poesías que forman el ya famoso libro, cada una de ellas es como un pétalo de una flor blanca y triste, reunidas componen esa azucena purísima, nacida al borde de un sepulcro, alimentada con un inmenso dolor, y que derramará siempre el perfume de una tristeza infinita.

La obra llama desde luego la atención por su unidad y por su sencillez y la crítica se detiene porque los grandes dolores imponen silencio.

La lira de Federico Balart ha lanzado en la armonía poética de este momento literario una nota excepcional, la que parte del fondo del corazón; la que vibra en los labios y no pasa por el cerebro; la que se condensa en una gota de llanto, y no en la burbuja de oro de la frase brillante; la que traduce el dolor humano y golpea en cada corazón; la que despierta en el recuerdo un dolor parecido; la que viene á decirle á nuestros duelos: llorad conmigo.

La «María» de Isacc, ese supremo idilio, hiere el alma: porque el dolor de Efraim lo hemos sentido antes, y la tristeza latente se despierta, se aviva y gime con aquella otra tristeza pálida y casta.. Con «Dolores» pasa otro tanto. ¿Quién

no ha depositado sobre la tumba de uaa esperanza la pasionaria de sus dolores? ¿Quién al recorrer las páginas del hermoso libro de Balart, no ha sentido que el llanto interno, esas lágrimas que no salen á los ojos, pero que bajan en silencio al fondo del corazón, descienden en secreto, acompañando el duelo del poeta, aplauso el más sincero y el más callado, ese que no resuena porque no hallaría ritmo para manifestarse, que nadie lo escucha, pero que bendice al que cantó la doliente estrofa.

Los que esgrimís la espada de la crítica no lleveis á abrir el libro, él es una piscina santa á donde van á beber los que sufren, él es belleza porque es todo ternura y sentimiento, porque es el grito, no de la desesperación que blasfema, sino de la nostalgia de una alma, nostalgia que canta en el acorde del gemido, sollozo del que sufre, eco de plegaria, balada tristísima del que sueña, miserere del que llora desde la cárcel de la vida enviando hasta ultratumba el perfume de un amor que no apagó la distancia ni la muerte.

Nunca podría repetirse con mayor verdad lo que no ha mucho decía Bolet Peraza "toda belleza tiene alma, llámesela idea ó llámesela sen-

timiento." "Dolores" tiene dos almas: la de la muerta que palpita en el amor del vivo y la de éste que quedó en aquellas páginas. Parece que el poeta vació en el ánfora delicada de sus versos, el alma entera, desafío en que venció á la muerte, revancha sublime. Allí sobre el fondo obscuro de sus tristezas vivirán sus versos brillando como lágrimas de plata en negro terciopelo que cubre un ataúd, allí, repito, se estrecharán eternamente las almas del poeta y de la ausente. En su impotencia la silenciosa segadora se detendrá ante el monumento levantado por el bardo á su amada, monumento, escrito hecho ritmo, acorde, elegía, monumento de aquellos que perduran.

La inspiración de Balart no se debilita en esa lucha en que la mayor parte de los poetas se empeñan hoy, buscando la forma más ó menos gallarda, pero siempre novísima; el autor de "Dolores" no es el mosaísta empeñado en la labor prismática, en el escarceo de la frase, en el pujamiento cansado del vocablo; á Balart, para llorar su dolor, le hubiera bastado, el canto del rapsodista griego antes de Homero.

La poesía de Balart es sentimiento y por ende reflejo de un estado de ánimo. A veces se apode-

ra de él la duda y parece que del ánfora del verso va á surgir.

"Una adelfa purpúrea: la blasfemia"

Luego el creyente se levanta con el escudo de la fé y entonces aroma el vaso del ritmo,

"Una azucena blanca: la plegaria"

Balart no pertenece á ninguno de esos grupos que han formado escuela llamándose decadentistas, la última escuela que la estravagancia literaria ha formado en Alemania. Poetas *fin de siècle* que no irán más allá de las fronteras del que vemos que termina.

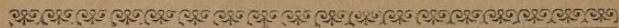
Podría citar las bellezas de este poema del amor y del sufrimiento y sus defectos, que en mi humilde concepto también los tiene; pero ¿para qué si el lector que tiene ya en sus manos este libro va á conocer unas y otros?

"Dolores" ha venido á demostrar que en este período del egoísmo y de la mentira hasta en el arte, hay corazones que sienten con toda la pureza del amor nunca extinto y que no es preciso el esfuerzo cerebral gastado en la obra de japonismo, ni el epíteto extravagante, ni el pensamiento vestido de falsos arreos, para producir una obra hermosa. Leed, leed el poema y sentireis como yo he sentido. No es el canto que es-

cuchamos al pasar por el bosque en el que el ave dice el trino de sus amores; es la queja de la tórtola viuda que llora junto al nido abandonado, queja que no se detiene en el oído, que penetra y baja hasta las profundidades del corazón, donde se cristalizan los dolores y se elaboran las lágrimas.

“Dolores” es el grito de una alma, por eso es grande; “Dolores” es sentimiento, por eso es bello; “Dolores” es dolor, por eso vivirá siempre.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.



AL LECTOR



Este libro, que al mundo lanzado veo,
Lector, contra el torrente de mi deseo,
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie,
Para tí no se ha escrito.—¡Ni para nadie!
Exudación de un alma de angustia llena,
La materia y la forma le dió una pena.
En sus versos, desnudos de gala y arte,
Ni voluntad ni esfuerzo tuvieron parte:
Lágrimas son que turbias se aglomeraron,
Que en informes estrofas se coágularon,
Y en una alma nacieron que el duelo enluta,
Como la estalactita nace en la gruta.
Yo, que en densa tiniebla desaparecido
Soy un triste habitante del triste olvido,

Mis canciones dejaba sonar á solas
Como en playa desierta suenan las olas.
Al pié de árbol estéril, hojas caídas,
Entre el polvo rodaron desconocidas.
Hoy, que contra mi gusto las lanzo al viento,
Tales como las hallo te las presento.
La corrección mezquina, meticulosa,
Que los versos á veces convierte en prosa,
Si tersura les presta, verdad les quita:
¿Quién corrige, quién pule la estalactita?
Lo que en su masa tosca puede agradarte
Es ver cómo espontánea creció mi arte;
Y de ese crecimiento pierdes la norma
Cuando á la estalactita quitas su forma.
Si este libro robarte logra un momento,
Sólo ha de ser en gracia del sentimiento;
Sentimiento que es siempre, de varios modos,
Si en cada cual distinto, común á todos.
En la roca pendiente sobre el abismo,
Cruza el hombre los brazos y entra en sí mismo
Y duda, al ver el alma y al ver el mundo,
Cuál de los dos abismos es más profundo;
Mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,
Para iguales gemidos, iguales ecos.
Desde que el mando es mundo, con varios nombres
Iguales desventuras lloran los hombres.
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:

¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!
El volcán siempre arroja la misma lava:
Hoy pensamos lo mismo que Job pensaba,
Porque, bajo el azote de suerte impía,
Hoy sentimos lo mismo que Job sentía:
A más crudas desgracias, penas más crudas,
¡Y, á mayores problemas, mayores dudas!
Y, siendo igual el fondo del sentimiento,
¿No lo han de ser las formas del pensamiento?
¡Ayl desde Adán, el hombre siempre ha tenido
Para iguales dolores igual gemido:
En placeres y penas, por varios modos,
Nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!
Cuando Mayo los campos cubre de flores,
Cantan la misma endecha los ruiseñores;
Pero, aunque confundidas en un lamento,
Cada voz se distingue por el acento.
Catedral cordobesa, que, si hoy bendita,
De otro Dios y otro culto fuiste mezquita:
Entre cuantas columnas te hacen preciada
Para tí ni una sola fué cincelada.
Pero, si en sus robustos fustes gigantes
Otros cien edificios pasaron antes,
Hoy que en ellos descansas, dí, ¿quién te quita
Tu original belleza, noble mezquita?
En la flor de los campos, blanca ó bermeja,
Delicados aromas bebe la abeja;

Pero el licor sabroso que el panal mana
No es romero, tomillo ni mejorana:
El dulzor que en el labio la miel nos deja
Es algo que tan sólo le da la abeja.
Yo no aspiro á que ensalces mi fantasía,
Lector, á mí me basta tu simpatía;
Y en ella sin temores el alma espera,
Que no hay voz despreciada cuando es sincera.
Todo ajeno gemido vibra en nosotros;
Los unos padecemos lo que los otros;
No se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío!

PRELUDIO

*

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
Yo te vestí la mortaja:
Blanca toca y negro manto.
Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu Patrona
La Virgen de los Dolores.
Después, en mi fiebre amante,
Junto á tí me arrodillé,
Y convulso y delirante,
Sobre tu yerto semblante
La cabeza recliné.
Y, abismado en el dolor,
Seis horas pasé mortales

Hablándote de mi amor,
Al trémulo resplandor
De los cirios funerales.
El sentido al fin perdi;
Y, sin que yo lo advirtiera,
Alguien me arrancó de allí:
¡Muriera yo junto á tí,
Primero que en mí volviera.
¿Qué sentí?—Lo que, abatida
Por la zarpa del león,
Sentirá la cierva herida;
Lo que la garza, oprimida
Por la garra del halcón.
Algo que no es vil excusa
Ni santa conformidad;
Que ni asiente ni rehusa;
¡Horrible mezela confusa
De estupor y de ansiedad!
Por salir de aquel estado
Pugnaba con vano empeño
Pensando que era soñado:
¡Un año entero ha pasado,
Y aún me parece que es sueño!

*

Desde aquel amargo día
Vivo en triste soledad;

Y, en esta lenta agonía,
La mitad del alma mía
Llora por la otra mitad.
Fija la vista en el suelo,
Largo tiempo te llamé
Con amargo desconsuelo:
Hoy sé que estás en el cielo;
¡Y en el cielo te hallaré!
Dios, que mira mi aflicción,
Cuando en la noche callada
A El levanto mi oración,
Con su palabra sagrada
Se lo dice al corazón.

Y estas tiernas emociones
Y dulces melancolías,
Origen de mis canciones,
¿Qué son sino inspiraciones
Que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser
Este cambio singular
Que no acierto á comprender:
Yo nunca supe cantar,
Y ahora canto sin saber.

Canción de acento,
Canción de acento;
Canción de acento;

Los sollozos son mi canto,
La muerte mi pensamiento;
Que, como es dura mi suerte
Y abrigo la convicción
De que en la gloria he de verte,
Sólo pensando en la muerte
Se me ensancha el corazón.

*

Aquel ruiseñor sin nido
Que vaga por la pradera
Conturbado y dolorido
Con el recuerdo querido
De su pobre compañera,
Cuando al fin el canto agota,
Sobre una rama sin flor
Que el cierzo iracundo azota
Repite una sola nota,
Eco de un solo dolor.

Así yo que, sin ventura,
Con el alma destrozada
Y envuelto en tiniebla oscura,
Llevo hasta el fondo apurada
La copa de la amargura.
En la horrible
Que me es amargo día
Vivo en triste soledad;

Ni tengo más que una pena,
Ni sé más que una canción.
Querella de mi agonía,
Conforme sale de mí
A tí mi dolor la envía:
¡Oyela tú, vida mía,
Porque es toda para tí!

JULIO DE 1880.

PRIMER LAMENTO.

¡No puedo más! El llanto reprimido
Ya hirviendo me sofoca:
Cuatro meses la queja he contenido,
Con el puño en la boca.
¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,
Perdona si te agravio
Rompiendo al fin los diques al torrente
Que rebosa en mi labio.
Gimiendo me sorprende la mañana;
Gimiendo paso el día:
En sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana
Tenaz el alma mía.
Entre oscuros cipreses ven las aves
Una tumba ignorada:

— 11 —

Para dos fué labrada—¡tú lo sabes!—
Para dos fué labrada!
Aún la mitad, Señor, está vacía,
Y un cadáver me espera:
¡Logre, logre su ansiada compañía
Mi pobre compañera!
Cuando en la triste noche el viento azota
Los árboles desnudos,
Y la lluvia descende gota á gota
Sobre los campos mudos,
Allá vuela mi mente enamorada,
Allá vuela afanosa,
Buscando á la que sola y olvidada
Bajo el mármol reposa.
Desde que ella partió, sordo mi oído,
Ciegos están mis ojos,
Y mi lecho, que ayer de amor fué nido,
Ya es tálamo de abrojos.
¡No puedo más, Señor! Niebla sombría
me impide verla y verte.
Manda un rayo de luz á mi agonía,
¡Y venga en él la muerte!
La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
La muerte redentora
Que esta tormenta tornará en bonanza
Y esta noche en aurora.

¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,
Cese este ardiente anhelo;
Que me aguarda un cadáver en la tierra
Y un ánima en el cielo!

28 OCTUBRE 1879.

SOLEDA D

Cuando abatido dejó mi casa
Y al campo salgo, triste y sombrío,
Tal vez me quedo mirando al río,
Tal vez me quedo mirando al mar:
Como esa linfa que pasa y pasa,
Fueron mis dichas y mis venturas,
Como esas olas mis amarguras,
Que van y vienen sin descansar,
Mudo y absorto, soio y errante.
Ya en mí se cifra mi vida entera:
Nadie se cuida, nadie se entera
De los suspiros que al viento doy.
Ya no me queda ni un pecho amante
Que con sus penas mis penas junte,
Ni un dulce labio que me pregunte
De dónde vengo ni á dónde voy.

Nadie ve el duelo que mi alma llena;
Mis negras dudas á nadie ffo;
Todas mis fuerzas embarga un frío
Que al fondo llega del corazón;
Y á solas paso mi amarga pena,
Y á solas vivo y á solas muero,
Como en la nieve muere el cordero
Que entre la zarza dejó el vellón.

COMPAÑIA

De ir solos por la vida nos quejamos
A la contraria suerte:
Y solos nunca vamos;
Que, mientras por la vida caminamos,
Siguiendo nuestros pasos va la muerte.

PUNTOS DE VISTA.

La sombra por el cielo se extendía
Con resplandor escaso,
Serenó y melancólico, en ocaso,
Iba muriendo el día;
Sobre el vago crepúsculo que huía,
Negra su forma recortaba el monte
Cuyas cumbres enhiestas
Dibujan con sus picos y sus crestas
La línea desigual del horizonte;
Y entre la obscura sombra que caía
Y el monte que siniestro la esperaba,
Como una tumba, misteriosa y fría,
La noche sobre el mundo se cerraba.

Y él entonces me dijo:—¿Por qué triste
Siempre tu alma cobarde se acongoja?
¿Por qué al placer tu pecho se resiste
Cuando el cierzo despoja
Sañudo al árbol de su inútil hoja,
Y cuando Abril de flor los campos viste?
Y yo le respondí:—Jamás en calma
Sourfe á las miserias de este mundo
Quien con tedio profundo
La duda y el dolor lleva en el alma.
Y él añadió:—Contempla la belleza,
Contempla la alegría
Con que el mundo renueva cada día
La madre universal Naturaleza.
Y yo:—Contra la duda no hay guarida:
El hombre que probó su amargo deajo,
Mientras al cuerpo el alma lleva unida
No vuelve á desplegar el entrecejo.
En esa sucesión no interrumpida
Que un sér en otro sin cesar convierte,
Tú escuchas los alientos de la vida,
Yo escucho las congojas de la muerte.
Y él á mí:—La esperanza es luz del mundo;
En todo brilla su esplendor fecundo:
Mientras en las regiones del ocaso
Con ceño moribundo
Sepulta el sol su resplandor escaso

Que extinguiéndose va de loma en loma,
Tibio, dulce, tranquilo, paso á paso,
Nuevo fulgor por el oriente asoma,
Sus rayos extendiendo por la duna
Como blanco cendal en muelle cuna.—

Dijo, y miré.—Rayaba por oriente
Claro nimbo esplendente;
Y entre las sombras de la noche bruna
Subiendo silenciosa al horizonte,
Sobre el valle y el monte
Su sudario de luz tendió la luna.

EXEQUIAS

Si el cielo, de noche,
Me paro á mirar,
Tantas luces y tanto silencio
Me dan que pensar;
Y, al ver como callan
Tierra, viento y mar,
Me parece que el mundo es un muerto
Que van á enterrar.

RESIGNACION

*
Llevo en un relicario colgado al cuello
Tu retrato y un rizo de tu cabello,
Y, sobre esas reliquias de mis amores,
La imágen de la Virgen de los Dolores.
Cuando en mis amarguras su auxilio imploro,
Al pronunciar su nombre suspiro y lloro;
Porque es esa palabra, de encanto llena,
El nombre de mi esposa y el de mi pena.
¡De penas y de nombres harto sabía
Quien te dió el que llevabas, Dolores mía!
De dolor traspasada cruzaste el mundo,
Y en mi pecho dejaste dolor profundo:
Dolor que, aquí en el fondo del alma herida,

Durará lo que dure mi triste vida;
Dolor que, lento y sordo, pero tremendo,
Corazón y memoria me va royendo,
Desde la triste noche que, enajenado,
A la luz de unos cirios pasé á tu lado.

*

Seis meses han corrido desde aquel día:
¿Quién ya de tí se acuerda, Dolores mía!
Tu imagen se ha borrado como una sombra:
Nadie por tí pregunta, ¡nadie te nombra!
¿Qué resta de tu vida, pobre Dolores?
¿Qué de la dulce historia de mis amores?
¡Una pena que oculto como un misterio,
Y un nombre en una losa de un cementerio!
Ya entre tu amor y el mío se eleva un muro.
Todo en mi vida es triste, todo es obscuro.
Tu voz, tu voz amada, de dulce acento,
Ya en mis tristes congojas no me da aliento;
Tus ojos amorosos ya no me miran
Ni tus labios de rosa por mí suspiran;
Y aquellos brazos ¡bellos que me estrechaban,
Y aquellas pobres manos que me halagaban,
Del nicho en el obscuro recinto estrecho
Ya inmóviles se cruzan sobre tu pecho.
De mis dichas, ¿qué resta para memoria?
¡Tu despojo en la tumba; tu alma en la gloria!

¿En la gloria!—¿Quién sabe lo que está escrito?
¿Quién penetra el secreto del infinito!

*

Dios, que escuchas mi llanto, que ves mi duelo,
¡Llévame con mi esposa, llévame al cielo!
¡Junta nuestras dos almas, y redimidas,
En éxtasis eterno vivan unidas!
Perdona si te ofenden mis pensamientos;
Perdona si te irrita con mis lamentos;
Perdona si, en la fuerza de mi amargura,
La exaltación del alma raya en locura.
Yo no sé lo que pienso ni lo que digo;
Pero yo te venero, yo te bendigo.
Yo escucharé obediente tu voz airada;
Yo besaré la mano que me anonada;
Pero si es que ignorantes tal vez caímos,
Si es ésta ¡oh Dios! la pena que merecimos,
Recuerda que mis pasos ella seguía
Y que, si hay culpa en algo, la culpa es mía.
Ella quizá fué débil; pero fué buena:
¡Yo, que soy el culpado, sufra la pena!
Este ruego ferviente mi amor te envía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!
Pero déjame al menos, Dios soberano,
Que, al recibir el golpe, bese tu mano.
Conozco tu clemencia, y á ella me acojo.

No temo tu castigo: temo tu enojo;
Y si en perpetuo luto y en llanto eterno
Puedo amarte y amarla, ¿qué es el infierno?
¡Oh! perdona, perdona si, allá en tu altura,
Te ofenden los lamentos de mi amargura;
Y pues eres clemente, pues eres justo,
No se cumpla mi anhelo, sino tu gusto.
Oye tan sólo el ruego de mi agonía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!

DICIEMBRE DE 1879.

LUZ Y SOMBRA

Cuando en el pavimento la persiana,
Como listada piel de tigre hireana,
De sombra y luz solar tiende una alfombra,
Si en ella ciavo con tesón la vista,
Cambiando de tamaño cada lista,
Mientras mengua la luz, crece la sombra.
Yo bien sé que, aunque siempre repetido,
Sólo es vana ilusión de mi sentido
Ese de sombra y luz efecto extraño:
Yo bien sé que si aparto de él la vista,
Al mirarlo de nuevo, cada lista
Recobra su figura y su tamaño.
Pero es triste, muy triste Dios clemente,
Que así también, cuando tenaz y ardiente
Persigue el hombre la verdad desnuda,
Si en los grandes problemas un momento
Fija con atención el pensamiento,
Mientras mengua la fé crezca la duda.

A FEDERICO

Niño que al triste fulgor
De mi estrella amortecida
Vas penetrando en la vida
Por la senda del dolor;
Que, angustiado cuando ves
Mi tormento y mi martirio,
Vives mustio como un lirio
Nacido al pie de un ciprés.
Y con infantil piedad,
Compartiendo mi agonía,
Ni aun buscas la compañía
De los niños de tu edad:
Cuando, en presencia de Dios
Que nos ve desde la cumbre,
Al dulce amor de la lumbre
Solos velamos los dos,